

y por eso me detuve á escuchar:—dende que vais al voto y á esos pedriques con el señorío pudiente, y andáis tan empavesaos, ¿qué vos ha de paicer este patache carbonero? Pus, tiña, de mi madera sois, con toa esa fantasía; y el más ó el menos de trapo, no le hace al casco tener los fondos mejores... Ni barrunto que de ayer acá vos haya caído denguna herencia de repente, pa echarvos tanta guinda... Onde se ve la gente es en la mar ¡retiña! ¡y que se diga muy recio si en más de tres duros y medio (1) que ya cuento, le he pedido á anguno remolque allí!

Replicóle uno que «el andar bien portao no quitaba fuerza ni valor á la presona.»

—¡Taday, niquitrefe!—díjole Tremontorio con el mayor desprecio.—Si sois valientes entoavía y jaláis del remo como yo, es porque lo habéis mamao, y allá vos queda... Eso es del cabildo de Abajo, sépastelo bien... ¡Retiña, qué gracia!... Pero que vos dé otro tanto la vida que traéis... ¡Súrbia vos dará!

—Y lo que usted no guipa, porque ya está fuera de combate,—respondiéronle en son de zumba.

—¡Pintura, digo yo á eso!—replicó el veterano con mucho retintín;—aunque bien desa-

(1) Más de setenta años.

minao el ite de ese particular, ¿qué tenéis ya que recibir de naide? ¿Qué vos falta? Vusotros, el relós de plata; vusotros, la bota fina; vusotros, el camisolín de plegues; vusotros, la cachucha de *rasolis*... Pus ya, retiña, por poco más, echarvos el bastón y la casaca, y dirvos al Suizo con los señores del Muelle, á tomar chocolate con esponjao y leer los boletines de arriba... Las rentas no han de faltaros pa sostener el señorío, porque ya tenéis una ración de hambre y otra de necesidá... ¡Retiña con la piojera de tres gavias!

Dijo, miró con ira á los zumbones que le rodeaban, y rompió el cerco, bamboleándose al andar, como buque de mucho porte que toma la barra seguro de llegar al puerto.

IV.

Amaneció un día con el viento al Sur, casi en calma; el cielo, sonrosado con algunas nubes aturbonadas; la bahía, como un espejo; la mar, como un lago; la temperatura, á placer; el campo, verde y fragante; las flores, meciéndose sobre los tallos; los árboles, entreabriendo sus hinchadas yemas y asomando por ellas las tieras esmaltadas hojas, que se estremecían y se despleaban al sentir por primera vez el calor

de los rayos del sol vivificante; la sonora voz de las campanas de todos los templos, llenando de armonías el espacio; y el movimiento y la circulación, interrumpidos por la solemnidad de los días anteriores, restableciéndose bulliciosos en todas las arterias de la población.

—¡Hermoso día!—exclamaban las gentes de tierra, encaminándose á continuar los suspendidos negocios, ó frotándose las manos á la puerta del almacén, ó contemplando la naturaleza desde las entreabiertas vidrieras del gabinete. Y el fervoroso cristiano que volvía del templo, lleno su corazón de místicos regocijos; y el célibe egoísta que, empuñado el *rotén*, se desperezaba á la puerta de su casa, dispuesto á emprender el higiénico paseo extramuros; y el labrador afanoso que arreaba la yunta y dirigía el arado para abrir el primer surco en su heredad; y el bracero menesteroso... cada cual, á su manera, saludaba con himnos del corazón aquel inolvidable *Sábado de Gloria* de 1878.

Así llegó el sol á la mitad de su carrera, y el afán de los hombres al descanso del medio día. Entonces se alzaron súbitamente remolinos de polvo en las calles de la ciudad; azotó la cara de los transeuntes una ráfaga de viento húmedo y frío; oyóse el chasquido de algunas vidrieras sacudidas contra la pared; cubrió los cerros del Oeste un velo achubascado; nublóse

repentinamente el sol; tomó la bahía un color verdoso con fajas blanquecinas y rizadas, y comenzó á estrellarse contra las fachadas traseras de la población una lluvia gruesa y fría.

—Un *galernazo*—dijo la gente con mucho sosiego.—Después del Sur, era de esperar.

Y el que tenía qué, se puso á comer; y el que había comido ya, se tendió á dormir la siesta ó á chupar el clásico cigarro delante de una taza de café.

Según la gente de tierra, no había ocurrido hasta entonces cosa que no fuera en Santander muy natural y corriente; y en verdad que no era para dejar pálido á nadie la rotura de algunos vidrios, unos cuantos paraguas vueltos del revés, tal cual sombrero arrancado de su correspondiente cabeza, y alguna que otra falda encaramada más arriba de lo acostumbrado.

Y, sin embargo, uno de aquellos instantes, pasados casi inadvertidamente para la gente de la ciudad, había producido, á la vista de ella, como quien dice, el desastre más espantoso que registran los cántabros anales.

Noticias de él fueron los alaridos que comenzaron á oirse luego por las calles, entre la gente marinera: madres clamando por sus hijos; esposas por sus maridos; hijos por sus padres; hermanas por sus hermanos. Aquello era una desolación, y sus clamores atravesaban el

alma como un puñal. Corrían los desventurados, pálidos los rostros y los ojos sin lágrimas, porque para los grandes dolores no existe el consuelo de ellas, buscando en los ojos de los demás una respuesta que nadie podía darles, y el contristado espectador se agregaba á ellos y los seguía como si el mismo infortunio le empujara. El rumbo de tan tristes cortejos era el Muelle, donde había ya una muchedumbre con los ojos clavados en la boca del puerto. El temporal había cesado casi por completo en tierra, y de la mar sólo se veía una parte de su furia, estrellándose espumosa y rugiente sobre las tristes *Quebrantas*. Conocíase una parte del desastre: lo que de él habían presenciado los pescadores de tres lanchas, únicas que hasta aquella hora habían logrado volver al puerto. Citábanse nombres y se pintaban escenas de horror y de heroísmo. Las lanchas habían llegado medio anegadas; sus tripulantes, con la palidez de la muerte en el semblante, mudos y consternados, con las ropas ceñidas al cuerpo, empapadas en agua; muchos de ellos, con el hercúleo torso desnudo. No les aterraba solamente la idea del peligro en que se habían hallado, pues de otros no menores habían salido con sereno espíritu, sino el cuadro de muerte y desolación que habían contemplado sus ojos entre la furia de la galerna.

Hablábase mucho en los apretados corrillos; oíanse los lamentos de los que ya nada esperaban y de los que temían, y no faltaba quien, para desvanecer tristes presentimientos, hiciera risueños cálculos; pero siempre flotaba sobre el llanto y las conversaciones, como respuesta á una pregunta que no se cesaba de hacer, esta frase:

—¡*Todas* están allá!

¡*Todas*! ¡Nunca esta palabra tuvo sonido tan triste y pavoroso! *Todas*; es decir, todas las lanchas *de altura* estaban en la mar, y sólo tres habían vuelto al puerto.

Corriendo aquellos minutos, que parecían siglos, vióse otra, y luégo la quinta, rebasando del promontorio de San Martín. Cada una de ellas fué saludada con un rumor que no puede pintarse con palabras ni con sonidos.

Cerca ya del anochecer, y después de dos horas de esperar en vano los que en el puerto lloraban, y cuando la vista más sutil no había podido distinguir desde los puntos más elevados de la costa ninguna lancha en la mar, y había tiempo sobrado para tener noticias de las que pudieran haberse refugiado en boquetes ó ensenadas, faltaban siete.

Preguntóse por ellas á todos los puertos y fondeaderos del litoral; pero aquellas preguntas se cruzaban en el camino con otras análo-

gas que los preguntados hacían á Santander, y sólo sirvieron para dar á conocer en su horrible extensión el desastre de aquel día memorable. Desde Fuenterrabía á Cabo Mayor, había hundido el azote de la galerna en los abismos del mar, TRESCIENTOS OCHO hombres en brevísimos instantes. En este espantoso cúmulo de víctimas, tocábanle SESENTA al gremio santanderino. ¡Jamás la muerte acechó á los hombres con mayor astucia, ni los hirió con más implacable saña!

Aunque la caridad, virtud de los cielos, amparó entonces, como siempre, por igual á todos los desvalidos, cada corazón sintió lo que estaba más patente en su memoria; y la mía la ocupó toda Tremontorio.

Preguntando por él, supe que también había salido á la mar aquel día, y que era de los pocos que se habían salvado de la catástrofe, casi milagrosamente; pero que, con lo terrible del trance, los golpes y la frialdad del agua, á sus muchos años, habíase puesto á punto de morir.

No me satisface con estas noticias, y quise verle, y lo conseguí.

Le hallé tendido en un pobre lecho; pálido, cadavérico; pero muy tranquilo y en reposo. Cuidábase otro marinero, que á su lado estaba de pie y con los brazos cruzados sobre el pe-

cho. No me era extraño este personaje; y, en efecto, después de contemplarle unos instantes, conocí en él al Tuerto. Pero ¡qué viejo, qué encanecido, qué anguloso y encorvado le hallé!

Como mi presencia no podía chocar allí en aquellos días en que la caridad no cesaba de llamar á las puertas de los naufragos, logré que el viejo pescador me recibiera mucho mejor de lo que yo esperaba de su rudeza habitual.

—Y ¿cómo se encuentra usted ahora?—llegué á preguntarle.

—Con el Práctico á bordo ⁽¹⁾ desde ayer—me respondió con su voz de siempre, aunque más premiosa.

—Será por exceso de precaución—díjeme, comprendiendo su náutica alegoría y deseando darle alientos.

—¡Qué precaución ni qué... tiña!—me replicó muy fosco.—Soy ya casco viejo, vengo desarbolao, el puerto es oscuro y la barra angosta... ¿para cuándo es el práctico, si no es para ahora mesmo?

—Tiene usted razón—le dije, viéndole tan sereno.—En estos trances se prueba el temple del espíritu. Ya veo que el de usted no necesita remolque.

(1) Recibido el Viático.

—No, gracias á Dios que me da más de lo que merezco. Ochenta años; no haber hecho mal á nadie en una vida tan larga; haber corrido tantos temporales, y venir á morir en mi cama, como buen cristiano y al lado de un amigo, ¿no fuera cubicia y desvergüenza pedir más, retaña?

Lo admirable de estas palabras está en que eran ingenuas, como todas las que salieron de la misma boca durante tantos años.

Seguimos hablando por el estilo, cuidando yo de encomendar la menor parte de la tarea al enfermo para no fatigarle; y conduje la conversación al extremo que deseaba.

Y preguntéle, después de encauzada á mi gusto:

—Pero ¿no hay algún síntoma, algún anuncio de esos temporales?

—¡Anuncio!...—exclamó Tremontorio mirándome, con una sonrisa más amarga que el agua de las olas.—¡Anuncio, retaña!... ¡Pues si hubiera anuncio de eso!... Está usted en su lancha como la hoja en el árbol, ni quieto ni andando; la tierra á la vista, la mar como una taza de caldo; un si es ó no es de turbonada al horizonte... ¡Retaña! na, porque así se puede estar un mes entero... Este carís no es pa que naide pique las amarras... Pues, de súbito, le da á usted en la cara un poco de brisa; observa

usted el Noroeste, y ve usted venir, echando millas, á modo de una jumera, encima de una mancha parda que va cubriendo la mar, con un rute-rute, que no paece sino que el agua se despeña por las costas abajo. Al verlo y al oirlo, la sangre se cuaja en el cuerpo, y los pelos se ponen de punta; arma usted los remos, isa una miaja de trapo pa ver de correr por delante; y ¡tiña! antes que se dé la primer *estropá*, ya está aquello encima.

—¿A qué llama usted *aquello*?

—¿*Aquello*?... *Aquello*, señor, yo no sé qué sea, si no es la ira de Dios que pasa; *aquello* es *la última*; la de abrir la escotilla de las culpas y encomendarse á la Virgen Santísima; la de dejar la tierra para sinfinito y clamar por los suyos los que tienen en ella las alas del corazón.

—Bien; pero ¿qué sucede allí en esos momentos terribles?

—Y ¿lo sabe anguno, por si acaso?... ¡Retaña! faltan ojos y tiempo pa mirarlo... Está usted en un jirvor de espuma, que zarandea la lancha como si fuera cáscara de nuez; ese jirvor se levanta, se levanta... y vuelve á bajar; y al bajar, cae sobre usted; y al caer, usted no sabe si caen peñas ó qué cae, porque quebranta y ajoga al mesmo tiempo; y al abrir usted los ojos, ¡tiña! ni hombre, ni lancha, ni remo, ni costa, ni cielo, ni ná. ¡Allí no hay más que estruendo

y golpes, y espuma y desamparo!... ¡ni voz para clamar á Dios, porque en aquella tremolina no se oye uno á sí mismo! Un trastazo le echa á pique, y otro le saca á flote; la cabeza se atoncece, y el que mejor sabe anadar, trata de olvidarlo pa acabar cuanto antes.

—Pues á usted de algo le ha servido el saber nadar, puesto que logró salvarse donde tantos otros perecieron.

Miróme el hombre con torvo ceño, y díjome con profundísima convicción:

—¡Ni pizca, tiña!

—¿Cómo salió usted á tierra, sino?

—Porque Dios quiso, y ciego será quien no lo vea.

Metióme en mayor curiosidad esta respuesta, y rogué al valiente pescador que me contara el suceso. Resistióse á complacerme, con bruscas evasivas, y entónces tomó parte en la conversación el Tuerto, y me dijo:

—Verá usted lo que pasó, señor, porque juntos nos salvamos los dos. Llevónos la galerna, en un decir Jesús, á dos cables de San Pedro del Mar; y cuando contábamos que no pararíamos hasta embarrancar en la arena, un maretazo, como yo no he visto otro, nos puso la lancha quilla arriba. Al salir yo á flote, de todos mis catorce compañeros no quedaba más que éste, á unas seis brazas de mí. Á los de-

más—añadió el Tuerto, con voz trémula y muy conmovido—no he vuelto á verlos hasta la hora presente. Como la lancha había quedado entre dos aguas, tuve la suerte de agarrarme á ella; pero ese infeliz se vió sin otro amparo que sus remos naturales; y no era poco, porque, á saber anadar, no hay merluza que le meta mano. En esto, la mar nos fué atracando el uno al otro; y ya estábamos al habla, cuando la suerte le puso un remo delante. Agarróse á él y descansó una miaja. Pero notaba yo que no se valía más que de un brazo para agarrarse, y no sacaba el otro hacia el remo, ni le movía para ayudarse.—«¡Anade y atráquese!»—le gritaba yo—«hasta que llegue á darle una mano, que después ya podrá agarrarse á la lancha!»—«¡Que más quisiera yo que poder anadar, retiña!»—me respondió.—«Pues ¿por qué no puede?»—Porque me jalan mucho los calzones. Paece que tengo toa la mar metida en ellos; y á más á más, se me ha saltao el botón de la cintura.—¡Arrielos, puño!»—«¡Tiña, que no puedo!»—¿Por qué?—Porque esta mañana se me rompió la cinta del escapulario, y le guardé en la faldriquera.—¿Y qué?—Que si arrió los calzones, se va á pique con ellos la Virgen del Carmen⁽¹⁾.—¿Y qué que se vaya, hombre, si

(1) Hecho y dicho rigurosamente históricos.

no es más que la estampa de ella?—Pero está bendita, ¡retaña! y si ella se va á fondo, ¿quién me sacará de aquí, animal!» Hay que tener en cuenta, señor, que la mar era un infierno, y tan pronto nos sorbía como nos soltaba. A cada palabra, un maretazo nos tapaba el resuello, ó nos cubría con más de diez brazas; y al salir á flote, no hallaba uno quien le respondiera, ó asomaba por onde menos era de esperar. Dios quiso que no nos separáramos cosa mayor en aquel poco de tiempo, que fué mucho menos del que yo empleo en contarlo; porque la sola vista de otro sér humano le anima á uno á bregar en tales casos. ¡No sabe usted la agonía que se pasaba en el instante en que al salir á flote se veía uno solo! Volviendo al caso, digo que al hablar este compañero las últimas palabras que yo he repetido, vínose encima de mí sin saber cómo, y agarróse á la lancha. Al mismo tiempo se alzó á barlovento una mar como no ha visto igual hombre nacido; pensé que aquél era el fin, no de nuestras vidas, sino del mundo entero; desplomósenos encima, y para mi cuenta, entonces, allí fenecimos, porque ni más ví, ni más oí, ni más sentido me quedó que una chispa de él para acabar una promesa que estaba haciendo á la Virgen del Mar (y cumplí al otro día, como era justo). Pero, á lo que parece, aquel desplome de agua nos echó á tierra

con la rompiente, porque allí nos encontramos los dos al volver del atontamiento, cerca de unos baos de la lancha y con astillas de ella entre las manos. Vino gente, nos recogió, nos dió abrigo, y aquí nos trajo: al señor, en el estado en que usted le ve, ó poco menos; y á mí, como si nada hubiera pasado, que de algo vale el no ser viejo y haber sorbido mucha desgracia. Lo cierto es, señor, que si el estar los dos vivos no es un milagro de Dios, no he visto cosa que más se le ameje.

—¿De modo que usted—dije al Tuerto, con la intención de saber algo de su vida desde que volvió del servicio,—ha dejado su casa por venir á cuidar á su amigo?

—Mi casa es ésta—respondió secamente el Tuerto.

—¿No tiene usted familia?

—Me queda un hijo, que anda navegando en un vapor; todo lo demás está ya en el otro mundo... no contando al señor, que ha sido un padre para mis hijos y para mí.

Muy poco más duró nuestra conversación. Al despedirme, tendí la mano á aquellos heróicos y honrados marineros, y dije al moribundo Alcides del Cabildo de Abajo:

—Hasta la vista, amigo.

—Y ¿por qué no, tiña!—me respondió, dando á mis palabras mayor alcance del que yo

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1929

les había dado.—Mareantes semos todos de la mar de acá, y en rumbo vamos del mismo puerto. Si el diablo no nos le cierra, yo mañana y usted otro día, en él hemos de fondear.

—Quiéralo Dios así—repuse desde lo íntimo de mi corazón, pensando en las virtudes de aquel hombre admirable.

V.

Dos días después, subía por la cuesta de la Ribera un carro fúnebre conduciendo un ataúd enorme, y seguido de numeroso cortejo. Pregunté, y supe que en aquel ataúd iba el cadáver de Tremontorio. ¡Dios sabe lo que pasó entonces por mi alma! El cortejo se componía, casi exclusivamente, de gente marinera; y preciso fué que me lo advirtiesen, para que yo cayera en ello; pues, á juzgar por el vestido, lo mismo podían ser aquellos hombres jornaleros de taller, ó *caldistas* al menudeo: tanto abundaba entre ellos el hongo fino, la americana, la gorrita de seda, el pantalón ceñido, y hasta los botitos de charol. Ni huellas del traje clásico de los días de fiesta de los castizos mareantes: la ceñida chaqueta, y los pantalones y la boina de paño azul oscuro, ésta con profusa borla de cordoncillo de seda negra;

corbata, negra también, y también de seda, anudada sobre el pecho y medio cubierta por el ancho cuello doblado de una camisa sin planchar; zapato casi bajo, y media de color. El Tuerto, que iba materialmente embutido entre las dos ballestas traseras del carro, era el único que recordaba un poco lo que él mismo había sido antes. La raza indígena pura, del mareante santanderino, tal cual existía aún, desde tiempo inmemorial, diez ú once años há, iba en aquel ataúd á enterrarse con Tremontorio; porque bien puede asegurarse que éste fué el último de los ejemplares castizos y pintorescos de ella.

Justo es, por tanto, que yo le registre en mi cartera antes de que se pierda en la memoria de los hombres.

Sobre los restantes del gremio ha pasado ya el prosáico rasero que nivela y confunde y amontona clases, lenguas y aspiraciones.

La filosofía lo aplaude y lo ensalza como una conquista. Hace bien, si tiene razón; pero yo lo deploro, porque el arte lo llora.

